

El valor de un premio



por **Norberto Laterza**
nlaterza@revistapalermo.net

Por más que muchos lo puedan negar, aduciendo que un trofeo recibido en cualquier instancia no significa gran cosa, cuando se lo premia tiene el valor de darle una satisfacción que queda en el recuerdo. Cuando trasladado al turf eso ocurre, probablemente sea un motivo de innegable orgullo porque lo que pasa en una temporada que dura doce meses, posee la importancia de una campaña sea el rubro que se tome en consideración.

Más allá de los profesionales, los responsables de los caballos pura sangre que reciben la distinción son un abanico que abarca a mucha gente, desde los criadores, el personal de un haras, los veterinarios, los entrenadores, el equipo de la caballeriza y los propietarios. Y podemos agregar a los aficionados, que a través de ese año eligen a los mejores y en las ruedas de los amigos también recuerdan que ellos eligieron a los destacados. Porque en el turf no se vive solo de lo que se apuesta sino de lo que se disfruta analizando semana a semana la evolución y el grado de calidad de un ejemplar.

Así como cada uno de los habitantes de las tribunas eligen a cuidadores y jockeys que más le gustan, también esa elección recae con los caballos, sobre todo los que afrontan los compromisos más difíciles, es decir los grandes premios y los clásicos, donde el filtro deja a los más aptos y propone la polémica entre todos sobre cuál será el ganador en la entrega de los Pellegrinis que con tanta visión fue creada por los directivos del Jockey Club Argentino, ganándole de mano al resto de los centros hípicos. Precisamente en este 2018 se cumplieron 40 años desde que fue implementado y siempre

ha sido la consolidación de una campaña que de otra manera no hubiera tenido la trascendencia que posee actualmente.

En ese sentido, la ceremonia tiene sobre todo el valor de un reconocimiento que de otra manera no se habría obtenido porque ya sabemos lo rápido que se olvida con excepción de los cracks, a quienes todos recuerdan, dejando en el olvido a otros que no han tenido la chance de consagrarse pero han sido sin duda protagonistas importantes de las carreras.

Para ser más específicos, siempre se tiene en el recuerdo al mejor caballo elegido pero no a los veloces, los milleros y otros ítems que han sobresalido en los años anteriores pero que pueden estar presentes en las publicidades de las cabañas de cria cuando se citan como padrillos incorporados.

En cualquier instancia, el acierto de San Isidro en haber creado este evento tiene que ver con la memoria y la historia de un turf nacional que no tiene pasado porque resulta muy difícil encontrar alguna referencia sobre el mismo. Las diferentes generaciones que han compuesto nuestra tradición hípica desde que la primera carreras oficial tuvo lugar, hacen constar a grandes cracks que hoy han caído en el olvido salvo que la letra de un tango lo recuerde.

Cuando tengo la posibilidad de conversar con aficionados jóvenes, los que únicamente reconocen como animales legendarios son a Invasor y Candy Ride precisamente porque son los que hay podido ver. Reconozco que también a mí me pasaba lo mismo cuando empecé a ir a las carreras y a interesarme por su historia. Pero en esos tiempos no existía la premiación a los mejores donde se podían sacar conclusiones.

La marcha del turf argentino no se compone de compartimientos estancos sino que tiene una continuidad con más de 100 años que lo mantiene vivo pero sin historia. Por eso debemos darle el reconocimiento que se merece a quienes pensaron más en el futuro promoviendo un evento como el que se vivió el martes 9 de abril.